

## **PALABRAS DE DON DANIEL SAMPER ORTEGA AL RECIBIR EL PREMIO DE GEOGRAFÍA DE 1937 POR SU OBRA INTITULADA «NUESTRO LINDO PAÍS COLOMBIANO»**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 3, Volumen IV  
1937*

**M**e honra sobremanera el premio discernido por la Sociedad Geográfica de Colombia a mi libro "Nuestro lindo país colombiano", escrito con profundo amor a nuestra hermosa tierra y con ánimo de servir a mis compatriotas de quince años. El deseo de estimular a los escritores a volver los ojos a los niños ha sido acaso la única razón que militó a mi favor en el Jurado.

Acepto, pues, la recompensa como indicadora de una sabia política del Instituto, más que como inmerecido galardón a quien por la primera vez trisca en las breñas de la Geografía; y expreso a la Sociedad Geográfica; y expreso mi profunda y duradera gratitud.

Extiéndese ella asimismo al nombramiento de miembro de número de esta docta Corporación, nombramiento que también acepto con el criterio del que atrapa una magnífica oportunidad para estudiar: el ocupar entre vosotros una silla, amigos y señores míos, va a permitirme adquirir escuchándoos conocimientos nuevos y fructuosos.

Siempre ha sido Colombia, su paisaje, su arte, su pensamiento y sus rumbos, mi mayor preocupación. Así en la realidad de la vida como en el ensueño la he recorrido, bendiciendo al cielo que me la dio por patria y formulando en el corazón los más fervientes propósitos de no pasar por ella como la nave de que habla Job, sin dejar vereda de su quilla sobre las ondas. El libro de que ahora se trata es un viaje más, hecho en alas de la fantasía, en torno de nuestra admirable heredad.

Marcan allí el camino los compatriotas que podían darnos indicaciones y enseñanzas, mostrarnos un paisaje o referirnos una historia. Los compañeros de excursión son personas conocidas de vosotros, y aún algunos dueños de esta casa forman también parte de la viajera caravana. Esto asegura al lector varias jornadas útiles y agradables, como quiera que los trechos en que ha de andar exclusivamente del brazo del que habla no son abundantes ni largos. Y confieso que, si me duelo del desmaño y languidez de la parte narrativa que corre a mi cargo, la cual viene a servir como aguja para zurcir la antología, de

esta última me encuentro bien pagado, porque figuran en ella eminentes escritores diversos por sus épocas y maneras, pero conformes todos en la inspiración que les puso la pluma en la mano, y que no fue otra sino su grande amor a Colombia.

¡Cómo no querer este país que nos deparó la Providencia y pregonar sus atractivos, si es el más bello y hospitalario del planeta! Lo sustentan en lo físico los tres grandes cordones de sus cordilleras, de flancos amables, de serenas cumbres, regazos a los grandes ríos que en las cañadas ruedan adormecidos; arrastrando en la entraña el oro de la tierra y el oro de los cielos; mientras que en lo moral lo surcan de largo tres grandes cadenas también: el derecho, la libertad y la justicia, cauce de plácidas corrientes de arte e inteligencia. Véanse allí las cumbres del Puracé, del Huila, del Tolima, del Ruiz, del Santa Isabel; y se ven acá Santander, Caldas, José Félix de Restrepo, y Caro, Cuervo y Suárez, y Pombo y Silva y Fallón. Mírase más lejos ese enorme diamante de la Sierra Nevada de Santa Marta, descollando sobre la rugosa monotomía del mar que cabrillea a sus pies; y se mira allá lejos también, solitario en las riberas de aquellos monótomos trescientos años de historia, a Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, cumbre la más alta enhiesta del arte pictórico americano.

¡Y cuál se compenetran en Colombia el territorio y la raza, alma y cuerpo de la nación! Situémonos por un momento en la cima más meridional de nuestros Andes y dejemos viajar desde allí mirada y fantasía. A un lado resoplará el Pacífico al lamer las playas, todavía inconsistentes, donde aún viven los hombres primitivos. Empero, de Buenaventura al norte la costa se torna fuerte y acantilada, como es fuerte y es áspera la raza domeñadora de aquella naturaleza, que conserva la bravura de los días del génesis. Al otro lado las ondas del Atlántico acarician un litoral abierto, de radas perezosas y rincones sonrisueños, acomodado a las gentes que allí dejan correr la vida sin ruines avideces, pero que saben exprimirle sus jugos de alegría. Si miramos a las llanuras del oriente, sencillas en su grandeza, indomables a pesar de su aparente tranquilidad, el hálito de heroísmo que de ellas se exhala nos traerá a la memoria la de los hombres aplanados y cenceños que con tan campechano valor se las entienden con las fieras, cual se las hubieron otro tiempo, sin perder la sonrisa ni forzar el trote de sus jamelgos, con las tropas del rey. Y en fin, para abreviar, ¿no cabría establecer similitudes entre la raza antioqueña y sus trabajosas montañas, entre la tolimense y sus llanuras fuertes, entre la del reino, melancólica y agazapada, y los páramos y riscos donde se esconde?

A revelar a los niños de Colombia este país privilegiado, uno y múltiple a la vez, tiende ese libro que la Sociedad Geográfica ampara desde hoy con su beneplácito. El que ella lo exprese el mismo día en que consagra un testimonio de la gratitud nacional a los más sabios exploradores de nuestro suelo y nuestro cielo, dobla en mí la emoción de este momento: de respeto, por estímulo tan obligante; de patriótico orgullo, por haber asistido al homenaje que la Sociedad Geográfica rinde en nombre del país a dos inteligencias que admiro de todas veras y que tienen bien ganada la veneración del continente.

